

# Los poetas del asfalto y la noche

VICTOR HUGO FERNANDEZ

ruzar los *Jardines de asfalto*, de Alfonso Chase, es iniciar un viaje a través de esa vida que se disfruta y se sufre a finales de este milenio. Se trata de una bitácora que igual nos ubica tanto en *Los Alamos* —sitio remoto en California, donde se fabricó la primera bomba atómica y el ojo del poeta aún descubre allí la existencia de un enorme hongo fantasmagórico atrapado en ese espacio para siempre— como en una clínica para enfermos desidia, donde, en medio de la muerte, palpita la vida. Es un poeta cronista que ve el mundo allá afuera no como es sino como el resplandor quiere que sea o como lo concibe. Es historia y es también testimonio; es belleza y esperanza en medio de la autodestrucción. Poesía urbana, sobre la decadencia de las metrópolis en medio de su oscuro brillo asfáltico y, sin embargo, poesía aferrada a ellas porque el futuro del hombre está inexorablemente allí y no en la idílica arcadía que los románticos continúan buscando. Poesía del desierto y la planicie, donde la fertilidad brota en medio de la aridez porque el poeta ha descendido definitivamente de la montaña y enfrenta su camino largo, interminable, a pleno sol, donde solo la espinosa calidez del cactus refresca la vista y humedece los labios.

Por su parte, *No preguntes la noche* nos lleva a otro espacio lírico donde la voz del hablante adquiere el tono del susurro para referirnos las experiencias de otros que a su vez son las nuestras, en aquellos aspectos que también las hemos vivido, entre el amor y el asombro. No es una poesía narrativa, aunque sí una crónica interior que planta al lector en medio de la vida y lo enfrenta con sus sentimientos, sus búsquedas, sus hallazgos y también las despedidas. Es una noche en la que palpita la iluminación de una metáfora transparente, como una revelación que se nos hace de pronto y nos escude. Intensa, condensada, la estructura poética propone un edificio metafórico que asume la contradicción como natural y enfrenta al hombre con el hombre, para redimirlo mediante su propio autodescubrimiento.

## Un jurado serio

No cabe duda de que este jurado nos ha devuelto la confianza en la honestidad y seriedad que debe imperar en su trabajo como fiscal del producto cultural. Frente a la charlatanería, el compadrazgo, el rovancheismo y otros ismos irresponsables imperantes en jurados de premios también nacionales, ellos asumieron su función con inteligencia y espíritu investigativo, destacando entre el género poético dos obras serias, trabajadas con disciplina, mostrando que en medio de la banalidad y el autobombo, las flores y telegramas de hipocresía, el lobby de algunos interesados que crean y trabajan con el único objetivo de ganar premios, existen obras rescatables que dignifican la creación nacional, en medio de la crisis que impera.

Ancora se acercó, por separado, a estos dos creadores y les formuló las mismas preguntas. A continuación presentamos un "diálogo a tres vo-

ces", donde en medio de la diferencia tanto generacional como estilística y temática, ambos, sin embargo, muestran puntos de coincidencia en torno al oficio de escritores y a la crisis cultural y de valores que vive el país.

—¿Qué significa obtener el Premio Nacional de Poesía compartido después de tanto tiempo de no ganarlo?

A.C.H. —No considero que sea un premio compartido, sino una distinción a dos obras que pertenecen a dos tendencias muy diferentes en la poesía nacional. No hay empate en nada, ni semejanzas como para pensar que compartimos un mismo criterio. Debo confesar que no me lo esperaba. Hace 30 años gané el Premio Nacional con mi primer libro de poesía *Los reinos de mi mundo* y, en aquella oportunidad, al igual que ahora, me tocó subir al estrado con otro poeta. Hace 30 años el jurado me premió a mí y a Jorge Debravo. De nuevo, éramos dos poetas muy diferentes, representantes como ahora de esas dos grandes vertientes en que se ha movido la poesía costarricense durante este siglo. En aquella oportunidad, se premió a una poeta que iniciaba y a otro con una relativa trayectoria que, lamentablemente, se vio truncada por una muerte digamos que prematura. Éramos, en muchos sentidos, escritores emergentes. Me parece que lo de ahora ha sido un ejercicio muy particular para el jurado, en especial porque, a partir de la lectura de la producción poética nacional que se lanzó al mercado editorial, ellos se han ubicado y tomado una determinación.

J.C.H. —Para nada me parece que sea un premio compartido. Alfonso y yo somos muy diferentes. Hemos bebido de fuentes distintas, aunque compartimos un mismo criterio acerca de la responsabilidad del poeta con la palabra. Particularmente, me parece más bien algo significativo que el jurado decidiera juntar dos obras de escritores que asumen la poesía con madurez y con oficio y que, sin embargo, insisten, no tienen nada en común. He ganado el Premio Nacional de Poesía en varias ocasiones; la última vez fue en 1981 con mi libro *Donde duerme la mariposa*, el cual ya había ganado en Guatemala el premio de los Juegos Florales Centroamericanos. Era un libro breve pero intenso, que conquistó muchos lectores nuevos para la poesía. Esa fue mi mayor satisfacción.

—¿Qué importancia tienen los premios para el escritor?

A.C.H. —En este momento de mi carrera, sinceramente, no mucha. Yo soy un escritor profesional. Mi casa es la casa de un poeta. Para mí, escribir



Alfonso Chase (foto, Faustino Desinach).

es una opción vital y no liberal como se malinterpreta actualmente el oficio. Me ayuda en gran medida a consolidar a un grupo de lectores que me han seguido a lo largo de mi carrera, que pueden ser unos 2.000 en el ámbito nacional. A ellos me parece les habla el premio más que a mí. Hubo libros previos míos que nadie alguna vez que iban a ser premiados y no fue así. Desde hace 30 años no recibí el premio; de manera que tampoco me lo esperaba y, sin embargo, seguía y sigo escribiendo; a la fecha, he publicado nueve libros de poesía. Eso, me parece, te responde más ampliamente.

J.C.H. —Uno no escribe a estas alturas pensando en premios, pero cuando se dan es un acto mediante el cual la obra le habla a uno mismo. Ocurre entonces que la obra se devuelve y la rigurosidad con la que la trabajaste te recompensa mediante el reconocimiento. Es un momento de generosidad de la poesía con uno, un decirle al escritor que le agradece la forma en que la concibió, la determinó y la lanzó al mundo. Desde este punto de vista, el premio tiene importancia para mí porque me permite hacer las pases con la poesía. Su alegría es la mía.

—Dentro de su creación, ¿qué importancia tiene esta obra?

A.C.H. —Todos mis libros son impor-

*Intensos como sus poemas, distintos en lenguaje, temática y metáforas, similares en lo referente a su vocación de artistas, Alfonso Chase y Jorge Charpentier, por sus libros Jardines de asfalto y No preguntes la noche, respectivamente, fueron galardonados recientemente con el premio nacional de poesía Aquileo Echeverría 1995. Una conversación por separado con ambos, muestra, sin embargo, cuanta coincidencia comparten en torno al significado del oficio del poeta.*



Jorge Charpentier (foto, Faustino Desinach).

truye muchas cosas y muchas vidas.

—Se habla de una crisis de la poesía costarricense. ¿Es correcta o no esa apreciación?

A.C.H. —Sí, hay una crisis. Existe una gran frialdad en el trabajo de los más jóvenes, un apesuramiento nocivo. Al leer a los escritores actuales que escriben poesía, no encuentran en ellos al poeta, al artista. El resultado, entonces, es una obra intrascendente que aporta muy poco y perjudica mucho. Hay mucha ignorancia no solo de la poesía que se ha escrito en Costa Rica, sino de la que se ha escrito en otras partes del mundo. Es un proceso educativo deficiente el que practican los poetas de ahora. Jorge Charpentier y yo, por ejemplo, no hemos intentado parecernos, ni competir. El ha sido el artista y yo también. No veo eso en la poesía costarricense actual porque estoy convencido que existe mucho trabajo y esfuerzo en el proceso de interiorización de lo que es ser un poeta.

J.C.H. —Por supuesto que hay crisis; en especial me parece que se debe al hecho de que actualmente se confunden los géneros y no hay sincerismo. La poesía debe contener a las demás artes. Desde hace aproximadamente diez años, los poetas costarricenses vienen leyéndose a sí mismos. Al no haber poeta, no hay obra, solo versificaciones que no se sostienen. Hay mucha ignorancia, falta de educación, so-

truye muchas cosas y muchas vidas. Cuando él hacía su obra aquí o viajaba por otros lados, yo me formaba y escribía en España. Ahora que vivimos en el mismo país, la cosa sigue siendo exactamente igual. Esto, no obstante, es lo que hace más interesante nuestra obra. El es poeta y yo también; siento un gran respeto por su obra. A partir de allí, no hay nada más en común.

—¿Por qué la poesía continúa siendo la literatura menos privilegiada en Costa Rica?

A.C.H. —Es un asunto educativo. Al costarricense le gusta que le cuenten; por eso se interesa por la narrativa. Su mundo es muy limitado; ese anillo montañés que rodea el Valle Central es muy determinante. El costarricense lee para informarse y no para formarse. Le encanta el folclorismo pintoresco. Lo orgulloso de la reunión de las inteligencias es la búsqueda del sentido de las cosas. Allí está la poesía y me parece que el costarricense hace mucho tiempo dejó de interesarse verdaderamente por buscar el sentido de las cosas. Yo tuve la suerte de venir de una generación fuerte frente a la indiferencia del público. Eso me ayudó a continuar con mi trabajo; de lo contrario, me habrían liquidado.

J.C.H. —La poesía en Costa Rica no se vende y, en consecuencia, no se lee. Ello es responsabilidad de nuestro sistema educativo, mediante el cual hemos cultivado a un ciudadano inculto, a un lector perezoso. La poesía no cuenta nada, no tiene por qué hacerlo; para eso hay otros géneros literarios, pero nuestros lectores no quieren esforzarse. Por eso es que la poesía se acumula en los estantes y las editoriales; con criterios comerciales, modifican sus políticas en relación con la poesía. Es una tarea enorme la que debe hacerse en este sentido.

Un par de décadas atrás, los talleres literarios tenían mucha importancia para la formación de los poetas. Ahora han desaparecido. ¿Eso es conveniente o más bien parte del problema que ocasiona la crisis actual?

A.C.H. —Los talleres son muy importantes, pero vistos como sitios de formación y educación y no como sitios a los cuales se llega exclusivamente a escribir poesía. Los talleres son centros de formación de los artistas y no solo de los poetas. Eso es algo que Jorge Debravo y Laureano Albán comprendieron muy bien cuando crearon el Círculo de Poetas, hace algunas décadas. Lo que eso es: un círculo o un cuadrado, lo que sea, pero es algo cerrado, un proceso cíclico constante donde se forma la opinión, se educa el gusto, se discute de arte y, como consecuencia de todo ello, se construye una obra. No creo que los talleres, vistos de esta manera, hayan perdido su importancia. Habría más bien que impulsarlos. Mucha gente escribe ahora para convertirse en escritor; para nosotros fue y sigue siendo una opción vital que se enriqueció en talleres y

J.C.H. —Me parece que ya respondí esta pregunta, aunque quizá de manera indirecta. Alfonso y yo hemos seguido caminos muy diferentes, tanto en formación como en intereses litera-

rios. Cuando él hacía su obra aquí o viajaba por otros lados, yo me formaba y escribía en España. Ahora que vivimos en el mismo país, la cosa sigue siendo exactamente igual. Esto, no obstante, es lo que hace más interesante nuestra obra. El es poeta y yo también; siento un gran respeto por su obra. A partir de allí, no hay nada más en común.

J.C.H. —Soy un enorme creyente en la importancia de los talleres. Bien comprendidos, estructurados y orientados, los talleres son centros de formación artística, no necesariamente exclusivos para los poetas. Es más, debe fomentarse en ellos la multidisciplinariedad; eso enriquece la visión del mundo. En mi caso, por ejemplo, yo me descubrí poeta un día después de abandonar el estudio de un pintor. El olor a la trementina y la atmósfera del estudio me descubrieron ese ser que llevaba por dentro y que luego se reafirmó cuando incursioné en el teatro con Daniel Gallegos y Ana Poltronieri. Luego vinieron los grupos de discusión, las reuniones en casas de personas donde se leía a Rilke y se hablaba de arte, por ejemplo. A partir de allí, crecí como poeta. Así me parece que deben ser los talleres, con un líder muy claro en su misión de orientador e integrador.

—Estamos en los albores de un nuevo milenio, ¿qué función ven para el poeta y la poesía en el tiempo que se avecina?

A.C.H. —La misma que ha tenido a través de la historia. No veo ninguna razón para que haya un cambio. Siempre será un visionario que cumple una función pública; es un tribuno, un hombre que no solo habla y dice de poesía, sino que habla y dice con la poesía. Lo veo como un profeta, de alguna manera como Octavio Paz. Una especie de poeta cívico; alguien que en determinado momento tiene algo más que decir que su poesía. Es un intelectual orgánico. Un verdadero poeta no se vende, no se compra, no se alquila; tiene una independencia de criterio frente al mundo y sabe que el mundo es cíclico y va cambiando y que el futuro será mejor que el pasado y que el presente.

J.C.H. —El poeta es y será siempre el futuro. Mucho más ahora que en el pasado. Estamos atravesando por una época en la que ya la narrativa contó casi todo acerca de la transición y el ensayo está en esa vía; ambos géneros ya prácticamente agotaron lo que tenían que decir. Estoy convencido que la poesía apenas empieza, que ha llegado su turno; ahora tiene la palabra. La poesía es la única opción capaz de ofrecer el ángulo más cálido y más importante para esta transición. Esta es la hora de la poesía y, por supuesto, del poeta. Es un ejercicio duro y muy doloroso, nada fácil. Porque hacer un poema no es escribir una tarjeta de cumpleaños; así solo la piensan quienes ignoran realmente lo que es el oficio poético, pero eso no importa; una vez que se ha asumido la vocación ya no hay retorno, y cuando el poema finalmente se toca con las manos, el placer es el mismo que experimenta el escultor o el pianista.